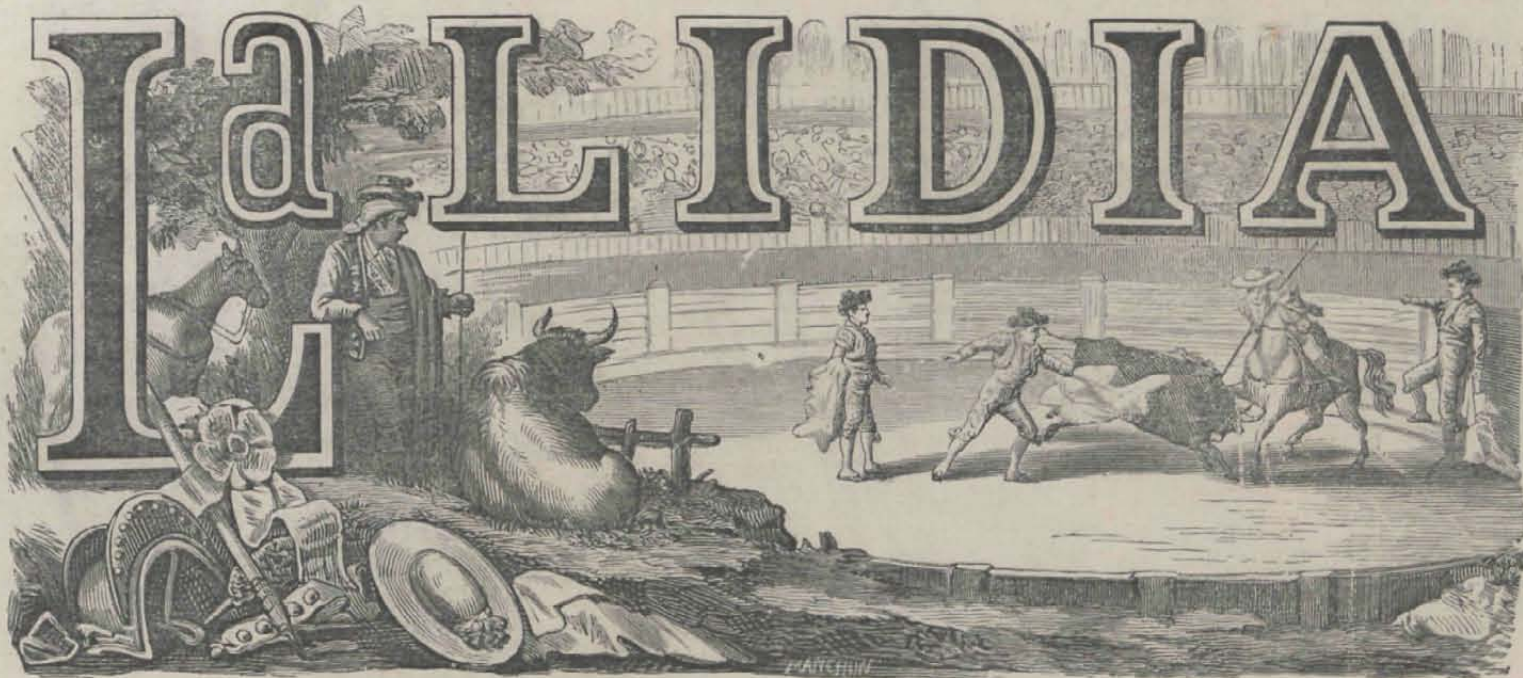


NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.

REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente día de verificada la corrida.

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

FERNANDO GOMEZ

(EL GALLO).

Cuádrale bien el sobrenombre, porque es *careador* (léase *decidor*), *pendenciero*, alegre, divertido, amigo de sus amigos y de la manzanilla.

Su figura es esbelta, aunque de mediana estatura; tez morena, cabello bien atusado sobre la oreja, ojos de enamorado y boca de lanzar requiebros.

¿Cuándo le vimos por primera vez....?

¡Ah! sí; recordamos que una tarde en Sevilla se jugaba una corrida de novillos, casi pudiéramos decir de toros, porque los tales novillos nada tenían que envidiar al mejor y más rozagante de los *miureños*. El público aplaudía con frenesí a un joven que entonces fué una esperanza, y hoy es triste desengaño para el arte: el simpático banderillero en aquella ocasión, matador de toros, Hipólito Sánchez-Arjona. De repente vimos saltar a la arena una figurita alegre y decidida que habíamos visto varias veces formando corro en calles y plazas con los toreros de profesión.

—Es el *Gallo*, dijeron unos.

—No; su hermano el *Gallito chico*, observaron otros.

—¿Y qué irá a hacer?

El atrevido joven, que en un descuido de la autoridad había dejado su asiento y se había arrojado al redondel, y que no era otro sino el mismísimo Fernando Gomez, se encargó de dar pronta respuesta.

Antes que pudieran evitarlo los mismos que aquella tarde trabajaban, se dirigió al centro del circo, miró a un lado y a otro, sacó un pañuelo blanco de su faltriquera, lo acomodó como pudo sobre la arena, y sobre él se hincó de rodillas.

El público a esto empezó a gritar desaforadamente:—¡Que lleven a la cárcel a ese entrometido! ¡Que se respete la autoridad! ¡Vamos a presenciar una muerte segura!

El joven en cuestión no hizo caso alguno de esta algarada; antes, bien, se propuso precipitar la faena antes que pudieran habérsela impedido.

Con este fin se quitó velozmente el sombrero de la cabeza, lo ondeó en el aire y empezó a vocear hacia el sitio en que se encontraba el toro. La fiera se revolvió al punto, y al reparar en aquel cuerpo extraño partió hacia él como una exhalación.

El público lanzó un grito de estupor... Un segundo después el miedo se trocó en entusiasmo, y en confuso tropel veíanse sobre la arena sombreros, cigarros y prendas de vestir.

¿Qué había ocurrido?

Fernando Gomez, burlando el empuje de la fiera, había *quebrado* con su pecho en la misma cabeza del toro, y se levantaba incólume con el pañuelo en una mano, el sombrero en la otra, y sobre todo, con una sonrisa tan natural en sus labios, que parecía (usaremos la expresión de un mal poeta) haberla dibujado en su rostro la diosa de la *Serenidad*.

Desde entonces no tuvo que hacer nueva hazaña para ser muy conocido, y hasta envidiado por sus *condiscipulos* de Sevilla; aquella suerte, hecha allí con tan singular arrojo, no podía de improviso intentarse sin grave exposición de su persona en el presente y sin grandes alientos para el porvenir.

A los pocos días ingresó en una cuadrilla de banderillero, más tarde tomó la alternativa..., después...; pero hacemos punto y coma en este *después*, porque estamos cansados de notas biográficas, y de partidas de bautismo, y de nombres y de fechas. Hemos de conocer al torero por algo que sea más que una simple enumeración de datos.

¿Para qué hemos de cansar al público con tan prolivos detalles?

A los toreros jóvenes hay que hablarles de lo que son, de lo que pueden ser, jamás de lo que ya pasó.

¿Qué es como torero el *Gallo*? Esta es nuestra primera pregunta.

Suplicamos un poco de atención al Sr. D. Fernando Gomez, tercer espada de nuestro cartel.

Pues el *Gallito chico* es un torero, todo lo que muchos entienden por ser un torero, fresco, sereno, guapo delante de la cabeza de la res, y con más alma que facultades y con más ganas de llegar al morrillo que cuerpo tiene para ello.

Cuando sale al redondel conoce su agilidad y se jacta de ella. Aprovecha un quiebro, un pase, una jugada, cualquier monería para indicarnos que sabe lo que son toros, y como sabe enseñar a lidiarlos la buena escuela sevillana.

Tú, banderillero del *Gallo*, no esperes que jamás te reprenda, ni que nunca te enseñe, ni que en toda la tarde ejerza sus funciones de jefe de cuadrilla; entre sonreír con el público y atender al sitio donde están los aplausos, se ha de ocupar toda la atención de tu matador.

Llega el instante del peligro, el picador ha caído delante de la fiera y hállase aquel al descubierto. El capote del maestro se mantiene a respetuosa distancia, el capote del *Gallo* se adelanta en medio de todos, tapa con excesiva temeridad el testuz del berrendo, y luego sale limpio, reposado, casi acariciando los cuernos del animal, llevándose a éste como hilvanado a las costuras de su capa de un lado a otro del redondel.

Estas *largas* sabe premiarlas el público como ellas se merecen; con buenos aplausos y ricos vegeros.

Suena la hora de matar, ¡supremo instante! Fernando Gomez ha guardado, durante todo el tiempo en que han puesto banderillas, una *torera* compostura junto al estribo de los tableros. Se aparta de ellos y se dirige a la Presidencia; en el rostro lleva retratadas las impresiones que ha podido producirle el juicio hecho sobre el animal banderilleado. Vedle en el sitio del peligro; allí está como se debe estar: fresco, sereno, casi impasible; despliega el trapo, y solo el *Gordo* en determinadas ocasiones, muy contadas, por supuesto, puede ejecutar aquellos *natura-*

les, aquellos *pases en redondo*, en que parece que el piton juega con el adorno de la taleguilla; aquellos magistrales *pases de pecho*, en que una vez terminada la suerte, el torero vuelve a juntar los pies y espera que se le vuelva la fiera para volver a tomarla, siempre con la vista casi dirigida al público, siempre la sonrisa jugueteando en la boca.

Pero llega el instante de *liar*. El *Gallo* tiene entonces un momento de indecisión, devora al toro con su mirada. ¡Si todo él fuera *morrillo*! Llegar a él, ¡qué suprema alegría! Se decide por fin, da el paso para engendrar el volapié, y una de dos, ó la estocada resulta atravesada, ó si queda en su sitio es porque el toro ha ayudado a esta faena... ¿cómo? empujando amorosamente al matador con sus cuernos, ó estándose quieto para que éste le *barrene* el sitio de la cruz; hay ocasiones en que el animal se muestra celoso de las palmas, y entonces se venga con un ligero *achuchon*, y héte aquí al *Gallo* saliendo de la suerte embrocado y midiendo el suelo por su temeridad.

¿Supone nuestra imparcialidad un voto de censura contra el joven matador? Todo menos esto. Frágil de memoria sería el que no recordara nuestras anteriores palabras... con más alma que facultades y con más ganas de llegar al morrillo que cuerpo tiene para ello. Y no decimos más.

Lo que Dios te ha quitao de fuerza te lo ha dao de gracia, decíale el célebre Romero a Pepe-Hillo.

Hé aquí un *tantico de filosofía* en que debe meditar el *Gallo*. En la puerta del oscuro toril debe tener siempre fija su mirada; cuandola *Providencia* ó el *ganadero* le destine un toro noble, boyante, cornicorto y *apañado*, entonces *jartese* con él, y déle su aplaudido quiebro de rodillas, y ajústale su hocico junto a la muleta, y su cuerno *pegao* a los alamares de la taleguilla, para que admiren todos los nacidos y por nacer cómo se pasa a un toro y cómo se juega y se divierte con él un torero con más gracia que cuerpo y con más corazon que el pecho que lo contiene.

Cuando le *den contrarias*, entonces mire mas por su cuerpo que por los aplausos; que el torero es más bien *arte* que *esfuerzo*, bonito juego que *temible lucha*, facilidad en el peligro que dificultad en la ejecución.

¿Que otros se llevan aplausos porque les sobra una cuarta de cuerpo ó un kilómetro de valor para meter el pie? ¡Mejor!

¡Vengan aplausos, y corrias, y buenos ajustes, y...! Pero señor, si en esta vida, como decía el otro: ¡¡¡ Cuando toos son buenos, hay para toos !!!

MUERTE DE JOSÉ CÁNDIDO.

José Cándido fué uno de los primeros lidiadores que figuran en la historia del toreo. Nació en Chiclana, patria del inolvidable José Redondo, y

LA LIDIA.



MARIANO ANTON



JOSÉ GOMEZ
(Gallito)



JUAN MOLINA

Lit. de J. Palacios. BANDERILLEROS DE "LAGARTIJO," *Arenal 27 Madrid.*

